

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 20 AÑO 1996

TEMA 3: OBRAS. 3.9: PARSIFAL

TÍTULO: **LA NECESIDAD DEL VIERNES SANTO**

AUTOR: *Jordi Mota*

En ocasiones se dice, refiriéndose a gobiernos o partidos políticos, que si no tienen enemigos reales, los inventan o los provocan, pues constituye una necesidad inherente a la política, el tener algo en contra para poder aglutinar y cohesionar a los propios partidarios.

Salvando las distancias en todos los aspectos, podríamos decir que si el Viernes Santo no existiera, habría que inventarlo. ¿Por qué? Pues simplemente porque en un mundo ultrarrápido, en el cual años, meses y días, se convierten en horas, minutos y segundos, en un mundo en el que no tenemos tiempo de mirar atrás ocupados siempre en correr hacia ninguna parte, adelantando a empujones a otro ciudadano para llegar a la máquina canceladora de billetes del metro tres segundos antes que nuestro desconocido persecuidor, en ese mundo es necesario, es imprescindible, detener la frenética carrera durante un día, ¡un único día al año! Y poder pensar en algo trascendente, en algo profundo, lejos del bullicio de la sociedad industrializada y del vértigo de la vida moderna. Nadie mejor que los wagnerianos, sabemos la difícil encrucijada en la que nos encontramos, pues nosotros, para gozar de nuestro amado Maestro, necesitamos disponer de 6 ó 7 horas de tranquilidad y... ¡quién tiene hoy 6 horas seguidas de sosiego! ¡Cuanto hace, amable lector, que escuchaste en tu casa una obra completa de Wagner! Si hace tanto tiempo como yo te puedo decir que eres un mal wagneriano pero... ¿qué hacer? Pues parar al menos un día al año.

A este respecto poco importa que Jesucristo sea realidad o ficción. Personas que se hallan empeñadas en demostrar que Jesucristo no existió, se conmueven ante novelas, películas u obras de teatro, de cuyos personajes nadie ha pretendido que hayan existido.

Para los que somos cristianos, profundamente cristianos, no hay mejor motivo para detener nuestra frenética carrera de cada día que el recuerdo hacia el Redentor, pero incluso para los ateos, agnósticos o paganos, debería

existir ese día de meditación y si no quieren invocar a Cristo podrían invocar a la Naturaleza, tan de moda hoy, o simplemente la tranquilidad, la paz y la meditación.

Tengo cincuenta años y recuerdo en mi niñez aquellos inolvidables días de Semana Santa, que vienen a mi memoria como un sueño y que lograban que fuese hermoso vivir incluso en una gran ciudad como Barcelona.

Recuerdo a este respecto que cuando ya el rigor de esos días estaba en franco retroceso, un amigo sueco, llamado Bo Nilsson, con lo cual queda demostrado que era sueco de verdad, persona nada católica y muy poco religiosa, quedó impresionado del espectáculo que se ofrecía a su vista. La ciudad estaba dormida, la circulación prohibida, se requería un permiso para abandonar en coche la ciudad, los transportes públicos circulaban a su mínima expresión, las emisoras de radio sólo emitían música clásica o melodía muy suave, los bares y espectáculos triviales se hallaban cerrados, y si alguien, olvidando la naturaleza de esos días, empezaba a cantar mientras se afeitaba, al poco rato se percataba de su impropio comportamiento y rápidamente dejaba de hacerlo. La mayoría de cines estaban cerrados esos días, aunque las dos películas habituales eran "El Beso de Judas" y "Parsifal", lo cual para los wagnerianos no era nada malo precisamente. En aquellos días uno llegaba a pensar que la ciudad, quitándole unas cuantas toneladas de cemento y sustituyéndolas por árboles y flores, sería incluso un lugar agradable para vivir. Una ciudad en la que, como decía Schopenhauer, la calidad sustituyese a la cantidad. Una ciudad silenciosa, como probablemente eran todas las ciudades antes de inventarse la radio, el tocadiscos, el motor... Porque el ruido de un río o de la lluvia no se escucha, forma parte de la naturaleza y al cabo de un rato nos acostumbramos a él, pero la gota persistente golpeando la pica del lavadero, se nos incrusta en el cerebro, de la misma manera que el humo del tabaco o de los tubos de escape de los coches nos molesta, mientras que la a veces agobiante humareda de una chimenea que tira mal, nos molesta mucho menos.

Pero lamentablemente a esa placidez de la antigua Semana Santa se le buscan connotaciones políticas y, las tuviera o no, lo cierto es que acabaron echando a perder la Semana Santa. Pasó de ser "Semana Santa" a ser

“semana santa”, y ahora simplemente es “semana”. El Vaticano, con todo su poder e influencia, no puede devolver a la “semana” su Santidad, mientras que *El Corte Inglés* es capaz de determinar cuando empieza la Primavera.

Ya sé que el pasado nunca vuelve o que con frecuencia queremos y a veces intentamos volver a él. Yo me pregunto si no sería posible una excepción y lograr recuperar aquellos días. Pero soy consciente de que como las madreselvas de Becquer aquella Semana Santa no volverá.

Pero sin embargo, y pese a que hoy día muy poca diferencia existe entre un Viernes Santo y cualquier otro viernes, hay algunas personas que lo notan, que lo notamos. Y no son imaginaciones, es algo tangible, real. El Viernes Santo nos hace sentir profundos, contemplar la vida con seriedad, lejos de la superficialidad a la que nos obliga la actividad cotidiana, y las palabras del “Parsifal” de Wagner nos parecen lógicas y naturales. “Son los encantos del Viernes Santo”. Algo se respira diferente, algo ha cambiado con relación a ayer y mañana, es algo imperceptible, pero al mismo tiempo real, auténtico, que actúa directamente en nuestra alma. Incluso sin pensar en el sufrimiento y muerte del Redentor en la Cruz, nos invade un sentimiento de recogimiento.

Es costumbre entre los wagnerianos del mundo escuchar en Viernes Santo esa magnífica obra musical, dramática y religiosa que Wagner escribiera, como decía nuestro gran tenor Viñas, dictada por un Ángel. No es sólo la música, es la poesía, el entorno, el sentimiento abstracto que rodea esa obra. Son muchos, repito, los que tienen previsto en Viernes Santo escuchar el fragmento de los “Encantos del Viernes Santo” o toda la obra. Algunos teatros la programan para esas fechas. Pero a veces el día anterior apenas nos apetece, lo planteamos casi como una obligación, pero a medida que avanza el día algo se va apoderando de nosotros y ese algo es el encanto del Viernes Santo que nos obliga a la meditación, que nos llega de profundo sentimiento y que nos subyuga y emociona, llenándonos los ojos de lágrimas pensando en el Divino Redentor que dio su vida por nosotros en la Cruz.

Desde muy joven no he olvidado mi cita con el Viernes Santo, mejor dicho, el Viernes Santo no me ha dejado escapar a sus encantos de la misma manera que un Viernes Santo risueño y luminoso inspiró a Warner la inmortal partitura. A lo largo de tantos años he podido apreciar diversos estados de

ánimo, tanto en mí mismo como en otras personas que escuchaban la obra conmigo o yo con ellas. Recuerdo en una ocasión que un wagneriano alemán, ya entrado en años, nos invitó a su casa en Viernes Santo para escuchar “Parsifal” en un impresionante equipo estereofónico. Nos hallábamos en plena ciudad y, poco o mucho, algún ruido se filtraba entre puertas y ventanas. Con sorpresa vi como mi anfitrión sacaba una botella de Whisky y un paquete de *Winston* y a lo largo de la obra iba tomando sorbos de la copa que tenía a su lado y con periodicidad iba también encendiendo cigarrillos. A mí me resultó difícil concentrarme y llegué a pensar que ese caballero tenía poco de wagneriano y que quizás se había limitado a escuchar “Parsifal” para complacernos. Sin embargo, durante del III Acto le fui observando detalladamente. Continuamente sus ojos estaban llenos de lágrimas. Con disimulo se sacaba las gafas para secarse los ojos. Al terminar nadie sabía que decir. Todos teníamos miedo de pronunciar alguna palabra y que se nos cortase la voz. Estuvimos un rato callados y sin decirnos nada nos levantamos y él nos acompañó a la puerta. Ni una palabra pronunciamos. Sólo algunos gestos y expresiones con el rostro.

Como contrapartida, en época mucho más reciente y en ambiente totalmente diferente, he de recordar otra audición inolvidable.

Habíamos decidido rendir un homenaje a Wagner en el centenario de su muerte, y para ello planeamos colocar una cruz conmemorativa en la cima del pico más alto de Catalunya, la Pica d’Estats. Para ello confeccionamos una placa de madera grabada al fuego con la inscripción. “De los montañeros amantes de la música, al músico amante de la montaña”. El día 13 de febrero de 1983 -quizás fue unos días antes o después coincidiendo con el fin de semana-, nos preparamos para ello. Sorprendentemente estaba nevando en Barcelona y como precaución telefoneamos a la Guardia Urbana para enterarnos de la necesidad del uso de cadenas. Fueron muy explícitos: Son necesarias cadenas en la Diagonal, es decir, en la misma Barcelona. Quizás lo dijeron medio en broma, aunque en las calles de estaba acumulando ya un poco de nieve, pero en todo caso ello daba al traste con nuestras intenciones.

Retrasamos el evento hasta Semana Santa y como sea que habíamos fracasado en ocasiones anteriores en varios intentos en invernol de alcanzar

dicho pico, -casi siempre por falta material de horas debido a la distancia desde el refugio y a la dificultad de caminar sobre nieve-, decidimos llevar una pequeña tienda, dormir la primera noche en el refugio y al día siguiente salir sobre las 5 de la madrugada hasta el pie del pico, allí plantar la tienda y al día siguiente disponer de todo el día para colocar la cruz. Cuando llegamos al principio del camino que conducía al refugio, estaba comenzando a nevar. Uno de los que iban en el grupo, que nunca había visto nevar en la montaña, no pudo evitar decir: “¡Qué bonito!”. Al cabo de varias horas de caminar de noche y nevando empezaba a ver las cosas menos hermosas. Avanzábamos lentamente ya que llevábamos unas mochilas pesadísimas, con la tienda, el material habitual, más picos, palas, clavos y todo lo que se nos ocurrió que podía hacer falta. Hacia las 11 de la noche llegamos al refugio que estaba abarrotado. No nos quedó más remedio que montar la pequeña tienda bajo la nevada, con el procedimiento habitual de alternar el trabajo con algunos períodos con las manos en los bolsillos para recuperar el tacto. Eran casi las 12 y uno de nosotros todavía no había llegado. Llevaba la cruz que pesaba una enormidad. Llevar la pesada cruz y en Viernes Santo era todo un símbolo. Lógicamente se iba retrasando al llevar el mayor peso. En un recodo del camino cedió la nieve y fue a parar de cabeza al suelo. Se quedó con la cabeza metida en la nieve, mientras los pies se mantenían apoyados en el suelo. El peso de la mochila y la cruz presionaban sobre su cabeza de manera que no podía sacarla de la nieve. Después de ímprobos esfuerzos lo logró. Hubiese sido una forma bastante ridícula de morir. Nosotros, una vez montada la tienda habíamos ido a buscarle, pero le vimos aparecer agotado y avanzando lentamente. Descargó su mochila y cuando apenas faltaban veinte minutos para acabar el Viernes Santo nos retiramos bajo un abeto de amplias ramas - como tan bien los describía Wagner y como mejor los pintaba Mestres Cabanes- y bajo la persistente nevada pusimos el cassette en marcha y pudimos escuchar los maravillosos acordes. Aquella medianoche, bajo la nieve, protegidos por el abeto, con el frío penetrante, con nuestros vestidos mojados, con las manos heladas, fue sin duda la más maravillosa experiencia que tuvimos como wagnerianos. Pensamos en todos aquellos wagnerianos separados por cientos o miles de kilómetros, con otros idiomas, pero con el

mismo sentimiento. ¡Cuantos hubiesen deseado compartir con nosotros ese momento a través del lenguaje universal de la música! No hacían falta las palabras, ¡con la música sobraba! Poco después nos retiramos a dormir, alguno de nosotros sobre la nieve pues la tienda no bastaba para todos.

Al día siguiente debimos desistir una vez más de la empresa. No había parado de nevar y la nieve blanda habría sido agotadora de vencer con tan pesada carga. En el verano, dos se nosotros cinco -yo no me contaba entre ellos- volvieron ellos solos y lograron colocar la cruz. Sin embargo nada más hemos sabido de ella. Una enfermedad me apartó de la montaña y nunca pude subir a aquella cima, pero aquel Viernes Santo fue inolvidable. Wagner supo crear el decorado ideal para gozar de la inmortal obra.

Esos son dos extremos de las audiciones, una totalmente cosmopolita, otra en medio de la naturaleza, pero el sentimiento siempre predominó y cada vez que personas no conocedoras de la obra de Wagner se han sumado circunstancialmente a estas audiciones, no han podido sustraerse a su influjo. En una ocasión un griego cuyo nombre no recuerdo, nos acompañaba todo el día y tuvimos que decirle que por la noche iríamos a la Plaza del monasterio de Pedralbes para escuchar el III Acto de "Parsifal". Se mostró interesado en acompañarnos aunque nunca había escuchado "Parsifal". Nos sentamos en los entrañables peldaños de la gran escalera y bajo la luz del mismo farol de cada año, bajo el frondoso árbol de siempre, empezaron los primeros acordes. Aquel amigo griego quedó extasiado, sacó una libreta y tomó incesantes apuntes. ¿Qué estaría escribiendo? Nunca pudimos saber exactamente lo que había sentido, pero algo muy profundo le había llenado mientras veía aquel venerable monasterio y el cielo estrellado. Eran "los encantos del Viernes Santo". Y es que el "decorado" es fundamental, aunque hoy se pretenda lo contrario.

En otra ocasión vino a Barcelona una orquesta alemana y como somos miembros de la *International Horn Society* conocíamos al primer trompa. Estuvimos paseando por Barcelona y él venía acompañado de otro músico, que se manifestaba más o menos ateo. Dado que era Viernes Santo decidimos "darle una lección". El pobre hombre ignoraba la existencia de "los encantos del Viernes Santo". En este caso no fue ni necesaria la música de Wagner. Nos dirigimos a la plaza del Monasterio de Pedralbes. Era ya de noche. Aparcamos

el coche lejos para poder llegar andando. La simple imagen de la plaza solitaria con el imponente Monasterio ya predispuso favorablemente a nuestro interlocutor. La Iglesia estaba abierta. Las monjas de clausura cantaban mientras el interior de la gran nave gótica estaba iluminada por unas pocas velas. No había nadie en la Iglesia. Pese a nuestras precauciones nuestros pasos retumbaban en toda la nave. Cuando nos quedamos quietos únicamente se escuchaba el suave canto de las monjas. Al pobre ateo se le derrumbaron sus convicciones, podía o no creer en Dios, pero había más poesía en aquel instante de la que podía haber vivido en toda su vida.

Otras muchas audiciones pasan por mi cabeza, varias de ellas en la entrañable plaza del Monasterio, otras cerca de la Plaza del Transvaal detrás del Tibidabo, algunas en domicilios particulares, otras en bosques, prados, iglesias, parques... algunas aquí, otras en el extranjero, en cualquier lugar esas audiciones se convierten en algo trascendente aunque puedan iniciarse casi con despreocupación. Poco a poco la música nos invade y, sobre todo, nos invaden los encantos del Viernes Santo.